

FR. GERUNDIO.

El Filósofo loco,

Ó LA SOCIEDAD CORROMPIDA.

Uno de los trabajos y *por contras* (1) afectos á la gerundiabilidad universal que mi escabrosa, industriosa, revoltosa y dificultosa profesion constituye, es tener que habérselas siempre con gente desacordada, y á las veces hasta con locos rema-

(1) Locucion de Sanmillan.

tados, ora sean filósofos, ora políticos; ora sea el teatro, ora los libros, ora volantes hojas, ora el senado, ora el congreso sea, el campo que para el desarrollo y ejercicio de sus locuras en mientes elegir les venga. Y cuenta que es labor asaz de impertinente y por demas engorrosa el haber de impugnar los discursos de un despuiciado.

Aun sin serlo del todo, sino solamente á lo que se deja conocer un tanto retocado de la medula cerebral el Duque de Frias, me costaria trabajo y no poco si analizar quisiese el discurso que dias pasados hablando del derecho de peticion pronunció en la cámara senatoria. «Señores, decia, nosotros estamos cercados de ruinas.» Yo miraba á ver si se habia desmoronado la bóveda del salon, ó bien las paredes del edificio, y lejos de encontrar ruinas, hallábale firme y entero, y aun bastante bien adornado, merced á los seiscientos mil del pico que en ello se gastaron, y debiéndose están todavía para honra y gloria del alto cuerpo, y para ruina y perdicion de artistas y menestrales, que de estas ruinas pensé despues que acaso hablaría, basta que añadió: porque todo ha caido en España, no quedándonos mas que dos cosas, que son el trono y la religion.» Item «naz, hermano Duque (estube yo por añadir interrumpiéndole), los fuertes de Cañete y Beteta, que aun subsisten en pie, y por cierto no tan mal parados como el trono y la religion; que aquel con vuestro Consejo de Estado, y ésta con la inmor-

ñidad que á guisa de aceite de vitriolo va por la sociedad cundiendo, no dejarán de ir quedando lucidos.

«Confieso, añadía, que el progreso es una cosa que nunca he entendido ni entiendo en España, pues tratándose de marchar por un camino sobre el cual hubieran caído montes y lugares que estaban en medio, sin separar la maleza no se podía seguir adelante.» «Cómo estará, decía yo al oírle, ¿cómo estará esa pobre cabeza para ligurarse un camino en medio del cual había montes y lugares que se nos hubieran puesto por montera al pasar nosotros por él! Que Homero y Milton nos representen ángeles y gigantes trasladando con su semi-omnipotente brazo los montes de un lado á otro, y poniendo el Osa sobre el Pelion, no se me hace ininteligible; pero caerse por sí mismos sobre nuestras testas los montes que hay en medio de los caminos, solo puede caber en la cabeza loco-poética del Duque de Frias, ó en la de aquel que saliendo de un templo de Baco tropezó con las narices en una esquina y exclamó: «¡vaya que ha estado buena la diversion; sacar las esquinas al medio de las calles!»

Con esto y con decir tambien aquel día «que en España todo el que diga que representa algo fuera de las cortes es un sedicioso,» formarán vds. idea de la sedicion que habrá dentro del cráneo del Duque. Pero apesar de todo no es él

de quien yo Fr. Gerundio me propongo hablar hoy. Es otro mas loco.

Entre las infinitas obras que en esquinas y periódicos ha visto mi paternidad recientemente anunciadas, habia llamado mi gerundiana atencion la titulada *El filósofo loco, ó la sociedad corrompida*. Pareciome que esta debería ser bueno, y antes que el autor me hiciese el obsequio del primer cuaderno, ya mi reverencia escrutadora habia repasado otro ejemplar, que de ejemplar me servirá para no volver á tomar las obras por los titulos. La obra (que dice constará de doce entregas) está en forma de diálogo, y los interlocutores son: 1º Un filósofo loco, oficial indefinido de Napoleon (1); 2º un Ateniense, emigrado á España desde Atenas (2); 3º un abate teólogo, de edad de 18 años, cursante en la Universidad Lorenzánica de Toledo; 4º un payo aldeano, criado del abate; 5º una Doña Lucrecia, muger del filósofo; y 6º su criada Tecla.

(1) Que el autor hubiera hecho loco á cualquier indefinido ó retirado español con atraso de cuarenta pagas ya lo entiendo; pero traernos aquí á un indefinido de Napoleon para decir cuatro locuras sobre las costumbres de España, es cosa de no poder descubrir el fin con que lo haya hecho.

(2) ¿Y qué ha venido á buscar aquí el ateniense? Pues á buena puerta ha venido á llamar. Con que están aquí los emigrados polacos que despues de venir á ayudarnos á sostener nuestra causa, piden que se les permita ir á batir al enemigo aunque sea perdiendo un grado como el valiente Francisco de Ziencouski, y no se lo permiten, y ahora se nos viene el ateniense á buscar fortuna á España.

A otro que no fuese escudriñador por naturaleza como Fr. Gerundio, hubiérale bastado acaso encontrarse con esta caterva, con esta *poligamia* de personajes para desmayar en la lectura de la obra. Pero yo con mi santa cachaza me puse á leer el prólogo al lector, que decia así: «No es mi ánimo ilustrar la sociedad con mis patochadas (1), ni formar leyes favorables á estas; y mucho menos ser reformador de costumbres, (2)..... Este pequeño trabajo guiado en todo del título que le es propio, al parecer, no está adornado de los términos pomposos y retumbantes con que suelen los sábios adornar sus obras voluminosas, arrojando rayos de erudicion y farrago (3), que no pocas veces deslumbran á los incautos, cubriendo la opaca luz de la ignorancia (4) con la densa nube de la elocuencia (5). He tratado de escribir esta obrilla *con claridad* y *laco-*nismo, valiéndome al efecto de mis escasas y os-

(1) En efecto que las patochadas no son muy apropiado para ilustrar la sociedad.

(2) Quiere decir que no te propones nada.

(3) En mi vida vi *rayos de farrago*. Y esto de poner *el farrago* al lado de *la erudicion* semejase á *los consejos y los caballos* que suenan juntos en la famosa felicitacion de varios nacionales de esta corte al Duque de la Victoria, que tanto ruido ha hecho y tantas polémicas ha suscitado.

(4) *Cubriendo los sabios la opaca luz de la ignorancia*; ¿qué le parece á vd?

(5) Esto es una *densa* nube de desatinos.

oscuras facultades intelectuales (1). Por el mismo estilo está todo el prefacio.

No desmayé sin embargo, y me eché como decirse suele el cuaderno todo al colete. Jamás ví un filósofo loco mas tonto, ni una familia cuerda mas desacordada. Yo creo que el loco es el autor y no el filósofo; pero una locura de aquellas que no hacen reir, como las de los rematados, á pesar de estar escrito (dice) *en estilo jocoso, chavacano, sentencioso y satírico, con un apéndice trágico y una cuarteta aforística en principio y fin de cada capítulo.*

Bastará para muestra copiar los versos, tambien aforísticos, que pone en boca del Abate.

Lo que llaman *amor*
 que á todos prende,
 no es mas que aquella ley
 de la cual pende
 nuestra propagacion
 indispensable,
 de una ley natural
 inviolable,
 que todo ser viviente
 obra en seguida
 de haber dado sustento
 á propia vida.

(1) Valiéndose de sus *oscuras facultades* escribió la obrilla *con claridad*. Si hubiera tenido las facultades *claras* hubiera escrito una obrilla *oscura*, porque así son las cosas de este mundo claro-oscuro.

Esto llaman amor
sin mas respuesta,
es observar la ley
por Dios impuesta.

Que el Abate, siendo un estudiantuoco de 18 años, se esplicára tan fiero y atrozmente, aun se podria tolerar armándose uno de paciencia y de resignacion. Pero que al Ateniense, hombre de 52 años de edad, con 20 de consejero en aquella república, le haga el autor decir lo que vds. oirán, es hasta donde puede llegar la desgracia de un pobre emigrado. Dice el Ateniense:

Oponerse á esta ley
es imposible,
sin experimentar
daño visible:
todo aquel que se finje
virtuoso.....
pasa de natural
á lo morboso.
Asi sucede á todo
el que se opone
contra la ley de Dios,
al mal se espone.

Señores, si asi se esplican los cuerdos, calculen vds. qué tál se esplicará el loco. Si tales impudicias literarias y aun morales arroja la culta

boca de un consejero ateuense, discurren vds. la broza que habrá en las bocas del payo y de la tia Tecla.

Esta ligerísima crítica gerundiana no es mas que un aviso amistoso al público, para que en los anuncios de obras no se deje sorprender de títulos; sin que por esto pretenda yo desaminar á su autor, que por otra parte descubre una imaginación extraordinariamente creadora, capaz de cualquier cosa, capaz de cualquier producción, en fin capaz de volverse loca y de darse contra una esquina.

SIGA LA MARCHA.

Qué, ¿habia de contentarme, yo Fr. Gerundio que tan malas contentaderas en esto de marchas tengo, habia de contentarme con seguir á SS. MM. tan solamente á Alcalá, Guadalajara, Torija y Almadrones? No; yo las seguiré hasta el cabo del mundo, si necesario fuese, que no cumple con menos el que de veras ama, como ama á sus Reinas mi paternidad.

Y gozándome estoy desde aqui al representarme, como si delante le tubiera, el imponente y magestuoso cuadro que presentaban los invictos guerreros de Morella cuando al pasar por Alcoléa desplegaron en guerillas á derecha é izquierda formando impenetrables, vistosos y heri-

ados cuadros para defender el sagrado depósito que les iba confiado contra un ataque de la facción: cuadro solo comparable al que formaban los israelitas en derredor del Arca de la alianza, cuando la conducían por los desiertos de la Palestina, para defenderla de las embestidas de los Amorreos y Fereceos y Jebuseos; que Amorreos son, aunque católicos se llaman, los *conciudadanos* que al mando de Falacios y Marconell del arca de la alianza de nuestras Reinas temerariamente apoderarse querían. Necia temeridad que pagaron bien cara en las alturas de Olmedillas pereciendo á los filos de las bayonetas y lanzas de los bizarros que el general Concha en su persecucion condujo.

Pero una vez que tenemos ya á SS. MM. fuera de todo riesgo, derrotadas las facciones, y por mas de catorce mil bravos y leales guerreros esultadas, regocijémos con las alegres y retozonas mozas de Alcoléa, que con rústicos y sencillos bailes, al son de no menos rústicas ni menos sencillas sonatas celebran delante de los coches la llegada de la familia Real; grosera parodia de la danza de David delante del Arca del Señor, y grotesco remedo del baile de Moises y su hermana María despues de haber pasado el mar Rojo. Bailemos, hermanos míos, con las mozas de Alcoléa; y no hay que admirarse de que un Fray Gerundio coscon y formalote quiera tambien bailar, que formal y bien formal era el hermano

Sócrates, y alabado fué de los filósofos que le sucedieron porque bailaba con primor; y 59 años cumplidos tenía el severo Catón, hecho casi un Perez de Castro estaba, cuando se echó maestro de baile, que de estas cosas se ven y han visto en la Tierra Santa, en Atenas, en Roma y en Alcoleá.

Mas al llegar á Esteras, pueblo donde comieron SS. MM. el día 14, toda la alegría juguetera y tripúdica de Alcoleá se me convierte en no sé qué. No porque allí no fuesen recibidas las Reales personas con las mismas demostraciones que en las demas partes, sino por el impudico y vergonzoso viva de aquel paleta que gritó: «Vivan los reales ministros!» Solo en Esteras se podía haber dado un viva tan opuesto á la decencia y á la sana razon. Solo en Esteras podia oirse una voz de ministerialismo. Hombre de Esteras, ¿has reflexionado bien lo que digiste? *Amen, amen dico tibi, blasphemasti*: en verdad en verdad te digo, hermano Esterero; blasfemaste. Hombre de Esteras, entra en tí mismo y conviértete. Pero no, hombre de Esteras, tu eres astuto como la raposa, y sabio como Salomón; desde el toscó albergue de Esteras en que habitas has penetrado que el sistema de ministerialismo es hoy el seguro medio de salir de esa pobreza que te agovia y consume; quizá seas tu el que saque mas provecho del viage de S. M.: quizá agradecidos *los reales ministros* al voto con que los has favorecido te ha-

gan dejar la esteba y el azadon con que ahora ganas un miserable sustento, y te traigan de auxiliar á una secretaría, que así les costará á ellos esta remuneracion como te costaría á tí soplarle uno bien colmado del Valdepeñas que no con mucha frecuencia probarás.

Por mi parte confío, hombre de Esteras, en que has de salir con mas largueza premiado por los tres reales ministros de allá que lo han sido los esforzados nacionales de Roa por los tres reales ministros de acá. Pues has de saber, hombre de Esteras, que diciendo el capitán general de Castilla la Vieja en su parte al gobierno: «Creo, Excmo. Sr., que es un deber mio recomendar á favor de los nacionales de Roa todas las consideraciones con que la real munificencia premia el valor y los sacrificios de nuestros bravos defensores: y á favor de los desgraciados habitantes de Roa y Nava de Roa los alivios, reparaciones y auxilios compatibles con las circunstancias;» los reales ministros de acá se han servido estampar en la Gaceta lo siguiente: «Sensiblemente afectado el corazon de S. M. por las desgracias que el feroz cabecilla (el concinadano) ha ocasionado á los pueblos de Nava de Roa y Roa, y su benemérita milicia nacional del último (1), á la par que altamente satisfecha del heroísmo con que esta se ha conducido, se

(1) Elegante habláis mente el castellano. Su milicia del último. Del su último *solecismo*.

«ha dignado disponer... se hagan publicar los nombres de sus individuos (1) como en testimonio del aprecio con que mira su decision y esfuerzo, sin perjuicio (se entiende) de recompensar debidamente su distinguido mérito.»

Con que ya ves, hombre de Esteras; con la publicacion de sus nombres ya no necesitan mas para reedificar sus casas, y reponer las labranzas y apéros quemados ó destruídos. Prosigue pues impávido echando vivas á los ministros, y tu medrarás mas que los nacionales de Ros. *Reflexion.* El gobierno no tendrá popularidad en las grandes poblaciones, pero la tiene en las cortes y en Esteras. Algo es algo, y menos es nada. De un poco de barro formó Dios al hombre.

LOS MINISTROS EN LA TABERNA.

Es tan cierto como yo soy Fr. Gerundio. En la taberna de Medina-celi, si señores, allí durmieron los reales ministros la noche del 14; allí estuvieron aquella noche las secretarías de Estado y del Despacho. Ahora ya no debe chocarnos en España el que los lores y títulos de Inglaterra celebren en las tabernas sus juntas magnas para tratar los altos negocios del Estado. Si bien es verdad que no estuvieron en el departamento de

(1) No hay periódico en que no hayan sido publicados los nombres antes de esta disposicion con que los reales ministros recompensán tan prodigamente á nombre de S. M.

tinajas y cangilones, sino en una sala algo apartada, que aunque no muy decente para si hubiese habido que recibir en ella al nuevo embajador de Francia el hermano *Mathieu de la Redorte*, que acaso estará ya en camino para acá, al fin la pieza de la Secretaría universal del Despacho ya no era la pieza del otro despacho universal. Y en honor de la verdad debo decir que no se les conoció á los reales ministros que estuvieran en semejante alojamiento; únicamente Perez de Castro era el que no podía con el sueño, pero eso no hay que achacarlo á que estuviese en la taberna, porque otro tanto le sucedia ya aqui en las cortes. Es especie de enfermedad.

La oficina del *parte* que llaman, tenia por mesa de bufete la primera cuna de nuestro divino Redentor, esto es, un humilde pesebre; de manera que aquella oficina venia á ser un *Kempis práctico de imitatione Christi*. Y como los reales ministros han sido tan previsores y tan considerados que ni siquiera les ha ocurrido dar alojamiento á sus dependientes, aquella noche se quedaron estos al raso contemplando la hermosura de una noche de primavera, y admirando como Chateaubriand en la India el sublime y religioso espectáculo que presenta el horizonte en noches tales al genio de la meditacion y del cristianismo. Sin embargo no fue para los oficinistas lo mas divertido y ameno la contemplacion de la celeste y estrellada techumbre, puesto que le dió gana al Dios que forja

los rayos y forma las nubes de descargar sobre su alma un abundante aguacero, que los empapó en otra clase de reflexiones. Con tales auxilios y trebejos oficiniles no es extraño que los pliegos para S. M. andubiesen por el suelo en Algora.

Ni estuvieron SS. MM. respectivamente mejor aposentadas en el Parador; que en el Parador de S. Francisco, y no en el Palacio del Duque hubieron de acomodarse las regias personas en Medinaceli; que no hubiera perdido, me parece á mí, nada de su grandeza el ciudadano Duque, ni hubiera traspasado la línea de la obsequencia debida á los Reyes, en franquearles su tabernáculo ducal. Así no es extraño que S. M. la Reina niña, acostumbrada al desahogo de los salones de palacio, encontrara aquello estrecho y ahogado, y dijera con el acento de la inocencia: «amáma, yo quisiera que nos fuésemos á nuestra casa; que aquí no nos podemos revolver.»

Y EMPIEZA ARAGON.

Á la media legua allende al pueblo de Huerta encontramos tres arcos.....; tanto de mí, que se me figura que lo voy viendo todo! Encontró el real cortejo tres arcos guarnecidos de verde con una inscripción en el del medio que decia:

«Entrad en Aragon, Reina y Señora,
y honrad á un pueblo libre que os adora.»

Al pasar aquel arco (dicen las notas reservadas que ha traído á Fr. Gerundio bajo sus alas la paloma correo que va y vuelve todos los días), se entabló entre los tres reales ministros el diálogo siguiente.

Estado. Conde, ¿no ha percibido vd. cierto olorcillo desde que pasamos el arco último?

Guerra. En efecto, D. Evaristo, rato ha que lo percibí: pero mi educación no me permitía indicárselo á vd. por si acaso al hacerlo tropezaba sin querer con la causa productente.

Estado. ¿Qué disparate, Sr. Conde! No acostumbro.

Guerra. Bien, pero todo podría suceder.

Estado. No me gusta á mí este olor, Sr. Conde: como que me trastorna un poco.

Guerra. Iba á decir á vd. lo mismo, Sr. Castro; con mas que á mí me produce cierta trepidación en el sistema nervioso.....

Marina. En efecto, señores, advierto lo mismo. Vean vds. si estaré yo acostumbrado al olor de la brea, y otros no menos fuertes; pero no me ha sucedido hasta ahora con olor alguno temblar como me hace temblar este.

Estado. Aseguro á vds., compañeros, que doy diente con diente (1), y eso que no me parece que hace el mayor frío.

(1) Esta es frase, es un tropo ó figura retórica: lenguaje enteramente alegórico; pues por lo demás Perez de Castro no tiene dientes que choquen con otros dientes.

Guerra. Me repugna este olor, Castan: no sé qué diablos lo puede producir.

Estado y Marina. No sé. Es cosa particular.

Y estuvieron tan torpes que no conocieron que el olorcillo que les incomodaba, y les infundia aquella especie de pavor y trepidacion como si dejésemos de miedo, era el olorcillo á libertad aragonesa que desde el paso de los verdes arcos se empezó á sentir.

Dejémoslos descansar en Ariza, y compadezcámos al décimo soldado que allí espiró por sofocacion. Hagamos pues tambien nosotros una pausa, que yo imitando á Mendizabal, y puede que sea la primera vez que le imito, me propongo hacer pausas hasta ir dando noticia de todo el viaje (1).

(1) «Siento mucho molestar al Congreso (decia Mendizabal al martes al observar que los diputados desde el principio de su discurso le hacian el obsequio de no escucharle), pero quisiera que me prestara alguna atencion, porque si se propone no prestármela, yo me propongo hacer pausas hasta ser oido.» Y anteayer decia suediéndole dos cuartos de la misma: «no hablaré hasta que se me escuche, porque veo que no se tiene la delicadeza de guardar silencio mientras hablo» Efectivamente el pobre Mendizabal se mata con la razon, porque no creo yo que la tenga nunca el Congreso para faltar á las reglas de educacion y de urbanidad. La educacion, aunque sea en los padres de la patria es bien vista.

Editor responsable Francisco de S. Fuentes

IMPRENTA DE MELLADO.